

Señala una doble influencia: el concepto de normalización de Foucault se inspira en Canguilhem pero éste pasa, por influencia de Foucault, de una antropología regida por la biología a una biología regida por la antropología. Ambos comparten una concepción antiesencialista de la vida, abierta, creativa y finita. En la que no hay prototipo, ya que el desvío y el error son su motor. Otro tema es el del biopoder, concepto clave en Foucault en la que también pueden encontrarse huellas de Canguilhem. En todo caso huyen del biologismo y del culturalismo y nos dan instrumentos teóricos muy importantes para desarrollar esta tercera vía.

Es, en definitiva, un libro importuno y necesario. Para conocer a este filósofo tan interesante y poco conocido. Y nadie mejor que Francisco Vázquez García para hacerlo.

LUIS ROCA JUSMET

*EL SUJETO ANÁRQUICO.* REINER SCHÜRSMANN Y MICHEL FOUCAULT. SIMÓN ROYO. MADRID, EDITORIAL ARENA LIBROS, 2019.

Es un lugar común señalar que vivimos tiempos de incertidumbres, pero quizá lo sea menos advertir del auge de las certezas, o, incluso, del exceso de certezas que nos habitan. Las reacciones a la globalización -siempre que entendamos ésta como la pérdida de la capacidad estructurante sobre lo social del poder soberano democrático- nos han arrojado a un repliegue en fundamentalismos o comunitarismos identitarios de muy distinto tipo; a una atomización individualista en la que los espacios que permitían la vinculación interpersonal se han roto, por más que estemos hiperconectados. También asistimos al resurgir de unos localismos que colocan a la nación, la etnia o la religión como elementos de cohesión interna y defensa externa de lo otro que siempre se percibe como amenazante. Por ello, el último libro de Simón Royo, *El sujeto anárquico. Reiner Schürsmann y Michel Foucault*, es un imprescindible, porque invita a pensar en un modelo de comunidad y de sujeto político que renuncia a esas fundamentaciones y certidumbres pues se sabe habitante errante de un mundo en transformación y en tránsito continuo

Nos encontramos, pues, ante un texto netamente político, y no porque lleve en el título el término anarquismo, pues el anarquismo del que habla poco tiene que ver con el decimonónico, sino porque aborda de raíz el problema de lo político: el problema del vínculo comunitario y del sujeto que lo sustenta. Desde esta posición, la política no se contempla como un ámbito específico, separado y aislado de lo social y de lo económico, que se dejara acometer con independencia, sino que su abordaje

se hace desde un marco eminentemente filosófico. Si no se entiende así, se pierde el flujo de significaciones que la atraviesan, ya que tales sentidos no son sino los modelos que una comunidad asume como representaciones de autocercioramiento en un momento dado, esto es: cómo nos nombramos a nosotros mismos como sujetos, y cómo nombramos el mundo de objetos que nos rodea; cómo decimos lo que nos une -o nos separa- como comunidad; cómo señalamos los lugares de inclusión/exclusión y la inscripción de los individuos y los grupos en ellos -que son los que van a marcar las formas de legitimación de un orden social-; o cómo se establecen los símbolos que cohesionan/ desarticulan nuestros proyectos vitales en una comunidad de sentido. Estos son algunos de los espacios en los que se juega la forma de conocerse y decirse las sociedades, pero también de desconocerse, de ocultarse, de no querer saber aquello en lo que están concernidas, precisamente porque esto puede ser perturbador o distorsionador de un orden que se pretende estable y sometido. Por tanto, la reflexión sobre lo político no puede hacerse desligada de una ontología, implica una ontología.

El libro de Simón Royo se articula en tres capítulos diferenciados. Los dos primeros son obra del autor y en ellos se próxima al pensamiento de Schürmann como exponente de una posición ética y política que hunde sus raíces en una lectura muy original del último Heidegger y que desarrolla en *Le principe d'anarchie. Heidegger et la question de l'agir* (1982). Este mismo cimiento lo encuentra en la filosofía de Foucault al que comenta en relación con Schürmann. La primera parte del libro se adentra en la filosofía foucaultiana haciendo hincapié en su condición an-árquica, anti dogmática y contraria a toda forma de dominación,

y reivindica a un Foucault como sujeto transgresor y activista, a la vez que se postula como hacedor de sí mismo frente a las múltiples formas de sujeción. En el segundo capítulo, articula la obra del francés con la de Schürmann en cuanto a continuadores del pensamiento de Heidegger. Y el tercero es un anexo donde el profesor Royo traduce, de forma muy fina, el artículo de Reiner Schürmann *Sobre constituirse a sí mismo como sujeto anárquico* en el que el holandés se introduce en la, muchas veces olvidada, cuestión foucaultiana del sujeto ético.

Adentrarse en la crítica a la metafísica y a la modernidad suele ser materia ardua, oscura y bastante trillada, pero el texto de Simón Royo casi se puede leer también como una especie de relato negro. El autor se pone en modo de “detective filosófico” que, como la genealogía y la arqueología foucaultiana y la deconstrucción derridariana “avanza a través de la metafísica, atravesándola y mostrando que sus más firmes fundamentos eran nada” (p.126). Y, en efecto, como en todo buen relato de este tipo, nos encontramos con varias muertes: la de la Metafísica, la de la Modernidad, la de la Dialéctica, la del Sujeto, e incluso, se anuncia la del Capitalismo; también asistimos a historias de lealtades y traiciones; de fidelidades que se ponen a prueba, como la del anarquismo de Schürmann y Foucault que se sostiene por la renuncia a los fundamentos fuertes del anarquismo clásico, o la adhesión que Schürmann manifiesta hacia Heidegger traicionándolo para permitir una ontología an-árquica. Y así, muchas más.

También es reseñable la presencia constante del oxímoron: el primero, la constatación de la muerte del autor tras la disolución del sujeto moderno, y estamos ante un libro con un autor y un sujeto (aunque seguramente, postmoderno);

otro está presente en el mismo título de la obra de Schürmann *El principio de Anarquía* cuando se predica una ausencia de principio, una an-arquía; otro, al hablar de las posibilidades de un sujeto que sabemos sujetado; o señalar el fundamento infundado de cada fundamento metafísico; y la unidad de una heterogeneidad irreductible, en la erótica foucaultina, etc. No parece que el autor haga un uso meramente retórico del mismo. Más bien, se podría decir que está en la entraña misma del libro, pues en él se da cuenta de las exigencias de una realidad que está imponiendo continuamente una lógica dicotómica excluyente a todo discurso que se pretenda erigir como coherente, cuando ella está atravesada de contradicciones insuperables. Desvelar esas contradicciones y los intentos bizarros de su ocultación, así como los efectos en la constitución de sujetos sujetados es uno de los planteamientos más interesantes de este texto.

El hilo que sigue este libro, como ya hemos apuntado, es el de la implicación político-filosófica, pero la novedad es que lo hace por el lado heideggeriano, por la lectura que Schürmann hace del autor alemán, y la conjunción de sus proyectos con los de Foucault. Lo particular de la interpretación de Schürmann es que se empeña en demostrar que en la ontología de Heidegger está implícita una propuesta política. Pero, teniendo en cuenta el abordaje deconstructivo del alemán a la metafísica, esta política, según Schürmann, no puede estar fundada en ningún principio originario o fundante sino más bien considera que en la crítica a la Metafísica que hace Heidegger está ya presente esa ausencia de fundamento último, y esto es lo que le permite deducir de ella una política antitotalitaria, anárquica. Esto es lo que nos trae Schürmann, cuya labor este libro restituye del olvido

Sin embargo, no parece que su objetivo fundamental sea recuperar la obra olvidada de Schürmann, sino, principalmente, seguir las huellas de una nueva praxis posible a partir de la muerte de la metafísica. No se trata tanto de buscar la teoría que fundamente una praxis política, sino de buscar en las posibilidades de un futuro, aun no cumplido, las condiciones del presente que lo hagan posible. No es, pues la búsqueda de esencias originarias olvidadas y cuyo desvelamiento fundamentaría el camino de la verdad y de la buena convivencia, sino más bien al contrario, la búsqueda de una indeterminación que abra las posibilidades a nuevas determinaciones.

El libro sitúa, acertadamente, el centro del problema en la pregunta por el ¿qué hacer? Porque el desconcierto contemporáneo habla de ese mal de fondo: el no saber qué nos une, el no saber cómo crear comunidades que no repitan los errores del pasado y del presente: la exclusión, la dominación o la jerarquización generalizada que corren el peligro de abocar en totalitarismos de nuevo cuño. Pero, de la misma manera que esta era es la del fin de un proyecto, también es la de un nuevo comienzo, que aquí no se presenta solo con temor o desconfianza sino como fuente de posibilidades. Parafraseando a Nietzsche se podría decir que “la mar se nos presenta otra vez abierta y tal vez no hubo nunca una mar tan abierta”. Si se me permite, como buen nietzscheano, Simón Royo no es pesimista, que para los tiempos que corren, es de agradecer.

Pero volvamos a la pregunta originaria: ¿Qué hacer en la era de la globalización, o de la postmetafísica? La respuesta es doble, por una parte, está la tarea de deconstrucción de la metafísica como discurso fundante y la problematización implícita de los dispositivos de poder-saber, y por otra, la posibilidad de

instaurar una nueva comunidad de sujetos libres autoconstituidos a partir de las posibilidades que se abren en este momento de transición epocal.

Siguiendo a Schürmann, comprender una época sería entender cómo surge, su despliegue; cómo se constituyen los dispositivos que la gobiernan y cómo se van superponiendo a los de la época anterior; cómo se abren los espacios para lo nuevo o como se forcluyen los significantes y obturan las posibilidades por venir ¿Cómo entender nuestra época desde este esquema? Simón Royo nos dice que nos encontramos en un momento primordial, el más cerrado y a la vez el más abierto. Pero lo que no se nos vislumbra es cómo ha de ser el futuro, ya que no hay programa ni *telos*. Esta apuesta sólo se puede defender desde una comprensión an-árquica del origen; es decir, un eclosionar que da lugar a algo nuevo a partir de una indeterminación arcaica y azarosa que ha producido un episodio pero que podría haber sido de otra manera. Estas emergencias que trastocan el panorama de una época pueden ser escuchadas para hacerse eco de ellas y permitir que fructifiquen, o se pueden silenciar y ser sordos a las mismas. Esa es la manera que tiene Schürmann de entender el Ser heideggeriano como *acontecimiento*, como un “ser fluyente” más que como presencia estática; y lo puede hacer así porque interpreta a Heidegger al revés de como se hace habitualmente: desde el final (lo que él llama el tercer Heidegger, antihumanista) hacia el principio. En esa tercera etapa del pensador alemán, Schürmann encuentra no solo el ser como acontecimiento, sino también el surgimiento de la presencia dada a partir de la nada: “Eso, la venida de la presencia, no es nada, como la visibilidad de lo visible no es nada” (p. 131). Y desde esa interpretación le está permitido justificar

un orden social an-árquico que sería el que defenderían los llamados heideggerianos de izquierda.

¿Hay un sujeto que sea capaz de comprender este estado de cosas y esté en condiciones de transformarlo? Si la pregunta es por un sujeto histórico tal y como se entiende en la tradición del materialismo histórico ortodoxo, la respuesta, desde estos presupuestos, es negativa, obviamente. Porque, ¿cómo pensar en la posibilidad de un sujeto hacedor de la historia, transparente en sí mismo y donador de sentido del mundo cuando ya se han puesto en evidencia todos los dispositivos de sujeción y subjetivación? ¿Cómo abrir espacios de libertad real cuando ya sabemos que el poder ha mutado de prohibitivo a productivo originando dispositivos de goce que amalgaman al sujeto de este capitalismo tardío de la biopolítica y el biopoder?

En el texto anexo, *Sobre constituirse a sí mismo* como sujeto anárquico, Schürmann señala la ausencia en la obra del pensador galo del sujeto práctico, bien porque sean las configuraciones del saber -poder las que le asignan ya un lugar, bien porque lo que llamamos sujeto no sea más que un efecto de esas estrategias de poder, el caso es que el sujeto práctico queda diluido. Tampoco corre mejor suerte el estatuto del “hombre” (como genérico) creado a partir de la Modernidad y configurado como centro de significación, o el “ego” como actor del dominio, o el “individuo” en cuanto objetivado y dominado.

Todos ellos han sido evaluados en las expediciones arqueológico-genealógicas de Foucault, pero faltaría por recalcar en el territorio del sujeto práctico, aquel que puede construirse a sí mismo escapando de las trampas de la Modernidad y convertirse en agente. Y, sin embargo, Schürmann ve que tal sujeto tiene cada

vez más un papel protagonista en la obra foucaultiana bajo la cuestión del “¿Qué hacer?” con la que se siente interpelado y acuciado a la acción. La pregunta explícita la posición problematizante y polemista en la que el sujeto postmetafísico se encuentra: preguntarse qué hacer es tener conciencia de la clausura del mundo. Pero el que haya pregunta, abre el espacio a la respuesta, y esta deviene de los espacios sociales y de los lugares discursivos donde tal sujeto se puede constituir. Para encontrarlos habrá que indagar, de nuevo, las formas de sujeción dominantes en cada intervalo epocal, que no son solo, como decíamos antes zonas de dominio externo, económicas, políticas, o ideológicas, sino, y fundamentalmente, maneras de crear sujetos deseosos de servidumbre, aunque estos vengan enmascarados de anhelos de libertad. En esa tarea, el autor holandés sigue al francés, pero no insistiremos en ello.

Nos interesa más señalar cómo Schürmann encuentra esos espacios de destitución de la acción de poder de la economía capitalista -entendiendo por tal, en la definición que se recoge de Agamben (p.80)- siguiendo la estela de Heidegger y Foucault, aunque llevándolos más allá de sí mismos, en prácticas vitales que se desplieguen fuera de los circuitos mercantilizados, en espacios “ingobernables”, es decir an-árquicos.

Esta es la apuesta que hace Simón Royo para salir de la aporía del sujeto sujetado: la de un sujeto an-árquico que se describe como nómada y extranjero, que actúa en una pluralidad de registros y transgresiones sin reconocer identidad alguna que le esencialice, que está en continua auto constitución desde el cuidado de sí y de sus semejantes, porque ocuparse de sí es preocuparse del otro. Este sujeto tiene un pie en Nietzsche al concebir su vida como una obra, como una tarea, y otro en Heidegger, al incorporar el cuidado de

sí, aunque en su versión posthumanista más foucaultiana que admite incluso una lectura jurídica, pues este sujeto, al constituirse, se hace dueño de sí mismo, poseedor de sí mismo. No puede clausurar los dispositivos de dominio pero sí intervenir en ellos. Una propuesta muy sugestiva del libro, es precisamente la consideración de ese sujeto an-árquico como implicado en la realidad epocal que le ha tocado vivir en cuanto se atreve a decir que “no quiere”. Este sujeto está en continua revuelta, vive sublevado contra la dominación, aunque no prepara la revolución, porque ya sabe que no estamos en el tiempo de la revolución total porque “lo falso es el todo”, tal y como se recoge de una cita de Debord.

Se discierne así, esta lectura de Schürmann de otras que le pudieran asociar a un cierto libertarismo o anarcocapitalismo que justificarían el *laissez-faire* del Mercado en un principio sin principio. La ontología an-árquica no defiende el rechazo y desmantelamiento de todo lo que proceda de los dispositivos de poder, de las instituciones de dominio, porque ello puede llevar -y de hecho lleva- a que en aras de eliminar la intervención del Estado de las actividades sociales, para evitar el sometimiento, lo que se genere sea un vacío en algunos ámbitos -sanidad, educación, seguridad- que inmediatamente es ocupado por el sector privado mercantil que hace su “agosto” a costa de “políticas libertarias” (hay varios ejemplos en el libro, pp.108-109). Por ello, las prácticas de este sujeto se inscriben en luchas públicas más amplias y si hay que hacer un balance entre Estado y Mercado, la balanza se inclina más de lado del primero, no porque no domine sino porque permite una intervención, más o menos democrática, para reconfigurarlo de la forma menos perjudicial. Aunque la democracia representativa no sea

precisamente el modelo a seguir. El modelo que propone Simón Royo, siguiendo a Schürmann, es el la comunidad de libres, an-árquica formada por una multitud de múltiples irreductibles a la unidad, a la identidad del pueblo uno, de la nación una o la clase una. En ella es posible desplegar una filosofía deconstructiva con la suficiente potencia como para constituir una discontinuidad en un nuevo territorio abierto, comunidad improductiva e inconfesable. No se trata de sustituir los viejos principios metafísicos por otros nuevos que tengan la misma función fundante, sino un pensamiento no teleológico en el que, para el autor caben tanto el posthumanismo como otros derroteros del pensamiento más actual. No es una comunidad del futuro que hay que esperar, sino es algo que hay que construir y que se está construyendo ya en libros como éste.

ROSA JIMÉNEZ ASENSIO